

Amossy, Ruth (2000) *L'argumentation dans le discours*. París, Nathan.

Cap. 6: El *pathos* o el rol de las emociones en la argumentación¹

1. La razón y las pasiones.
2. La emoción en la interacción argumentativa.
3. La inscripción de la afectividad en el discurso.

La retórica aristotélica dedica un libro entero a la cuestión del *pathos*, el cual trata acerca de los medios para “predisponer al juez (o a cualquier público)” (Aristóteles, 1991: 181). Si el *logos* concierne a las estrategias discursivas en cuanto tales, y el *ethos* a la imagen del locutor, el *pathos* se relaciona directamente con el auditorio. Examinar los pormenores significa para Aristóteles analizar lo que puede conmover, conocer la naturaleza de las emociones y lo que las suscita, preguntarse a qué sentimientos el alocutario accede particularmente de acuerdo a su status, su edad...

Este saber es necesario para el orador que desea emplear la cólera, la indignación, la piedad, como medio oratorio (*Ibid.*: 183). El término “*pathè*” en plural designa también las emociones a las que un orador “tiene interés de conocer para actuar eficazmente en las almas” y ellas son “la cólera y la calma, la amistad y el odio, el temor y la confianza, la vergüenza y la impudencia, la bondad, la piedad y la indignación, la envidia, la emulación y el desprecio” (Patillon, 1990: 69) Sabemos que la retórica aristotélica dedica al tema un libro entero, el Libro II, que examina los diferentes tipos de pasiones bajo tres aspectos principales: en qué estado del alma se los experimenta, hacia qué clases de personas, y por qué motivos. No se trata aquí de una pura empresa taxonómica, ni de un estudio de la *psychè* que sería en sí misma su propio fin. El libro sobre el *pathos* no es tampoco -aunque se aproxima bastante en ciertos aspectos- una semiótica de las pasiones antes de tiempo. Si el conocimiento de las pasiones humanas se presenta en la *Retórica* como indispensable, es porque permite actuar por la palabra: contribuye poderosamente para alcanzar la convicción.

Actuar en los hombres emocionándolos, transportándolos a la cólera o haciéndolos accesibles a la piedad, o simplemente despertando en ellos el miedo, ¿no es sin embargo contravenir a las exigencias de la racionalidad? ¿La argumentación concerniente a las decisiones importantes no debería arrastrar la adhesión de las almas sin tener que perturbar los corazones? Esta no es la posición de Aristóteles, quien se niega a separar el *pathos* del *logos*. No es sólo en el epidíctico donde la apelación a los sentimientos está bien visto. En el género judicial como en el género deliberativo, importa saber en qué disposiciones afectivas se encuentran los auditores a quienes uno se dirige y, además, saber conducirlos a las disposiciones convenientes puesto que la pasión “es lo que, al modificarnos, produce diferencias en nuestros juicios” (Aristóteles, 1991: 182), y puede pesar en las decisiones del juez en un proceso como en las del ciudadano en la gestión de la *polis*.

Al darle un lugar importante al *pathos*, el análisis argumentativo permanece fiel al proyecto retórico inicial. Sin embargo, debe resolver los problemas que plantea la alianza de la razón y de la pasión tales como trataron las retóricas y teorías de la argumentación, de la edad clásica a nuestros días.

¹ Traducido por Andrea Cohen para la cátedra Lingüística Interdisciplinaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

1. La razón y las pasiones

1.1. Convicción y persuasión: una dicotomía persistente

“El catequismo retórico -resume C. Plantin- nos enseña que la persuasión completa se obtiene por la conjunción de tres ‘operaciones discursivas’: el discurso debe enseñar, deleitar, conmover (*docere, delectare, movere*): puesto que la vía intelectual no alcanza para desencadenar la acción.” (Plantin, 1996: 4) En otros términos, imponerse a la razón no significa estremecer la voluntad que autoriza la acción. Esta división dio origen al par “convencer- persuadir”; el primero se dirige a las facultades intelectuales, el segundo al corazón. Frente a una perspectiva integradora que insiste en el lazo orgánico entre convicción y persuasión, *logos* y *pathos*, encontramos posturas que las disocian radicalmente insistiendo en su autonomía respectiva, incluso en su antinomia. Unas veces es la convicción racional la que recibe todos los honores; otras, por el contrario, es el arte de conmover y de movilizar emocionando lo que resulta elogiado. La cuestión de las pasiones y de su movilización en la obra de persuasión muestra hasta qué punto la retórica depende de una visión antropológica. Está intrínsecamente vinculada con una concepción cambiante de la racionalidad humana y del estatuto de los afectos en el sujeto pensante. *L’Histoire de la rhétorique dans l’Europe moderne* (Fumaroli, 1999) y el libro reciente de G. Mathieu-Castellani (2000) sobre la *Rhétorique des passions* permiten captar las modificaciones que sufrió la importancia acordada al sentimiento en función del espacio cultural e ideológico donde se muestra la reflexión sobre el arte de la palabra eficaz.

Bastará mencionar algunos casos ejemplares de entre quienes sostuvieron las razones del corazón, entre ellos uno de los preceptos muy conocidos de Pascal:

Sea lo que sea lo que se quiera persuadir, es necesario tener en cuenta a la persona en quien se está interesado, de la cual hay que conocer la mente y el corazón, con qué principios concuerda, qué cosas le gustan [...] De modo que el arte de persuadir consista tanto en el de agradar como en el de convencer, dado que los hombres se gobiernan más por capricho que por razón. (Pascal, 1914: 356)

Para Pascal, dirigirse al entendimiento es insuficiente si uno no se preocupa del encanto que influye directamente en las conductas. Incluso Lamy no concibe la persuasión sino en el movimiento que tiene en cuenta los intereses de los auditores, los cuales pueden ser contrarios a la tesis que se intenta hacerles admitir. “La elocuencia no sería entonces la dueña de los corazones, y hubiera encontrado una fuerte resistencia en ello, si los hubiera atacado sólo con las armas de la verdad. Las pasiones son los resortes del alma, son las que la hacen actuar” (Lamy, 1998: 229; 1ª ed. 1675). Frente a estas posturas que forman parte de la naturaleza humana, señalemos la de Gibert que se pronuncia en contra de la convicción, y en favor de la persuasión fundada en la apelación al sentimiento que se basa en la verdadera elocuencia:

La [primera] es la sujeción del intelecto a una verdad, sobre el claro conocimiento de la relación que esta tiene con las razones que la prueban. La segunda es la sujeción eficaz de la voluntad con el amor, o con el odio de una acción; de manera tal que el intelecto ya está sujeto a una verdad por las razones más claras, sin que haya todavía una verdadera persuasión. Hay una, cuando el corazón resulta vencido. (Gibert, 1730: 251, citado en Fumaroli, 1999: 886)

De esto se deduce que “lo que no conmueve es lo contrario de la persuasión”. (*Ibid.*) En el mismo orden de ideas, C. Perelman menciona a Rousseau quien en el *Emilio* observa que de nada sirve convencer a un niño “si no se sabe persuadirlo”. La consideración de las pasiones que movilizan al ser humano da origen a una visión de la retórica como arte de conmover los corazones. Se describe la capacidad de emocionar como un don de elocuencia que marca la superioridad del verdadero orador. Ya encontramos esta concepción en Quintiliano:

Pero saber entusiasmar y cautivar a los jueces, predisponer sus mentes como queramos, inflamarlos de cólera o enternecerlos hasta las lágrimas, es realmente raro. Sin embargo, es por esto que el orador logra dominar, y es lo que asegura a la elocuencia el imperio que tiene sobre los corazones. (Citado en Molinié, 1992: 251)

En la edad clásica, la elocuencia se opone a menudo a la retórica, considerada como forzada y artificial mientras que la elocuencia sería una palabra proveniente de las profundidades que estremece al ser humano hasta lo más profundo de sí mismo para hacerle tomar una verdad interior o para conducirlo al bien².

Encontramos así actitudes muy diversas en todo lo que concierne a la función de las emociones en el arte de la oratoria. Para unos, son la palanca de la verdadera elocuencia. Para otros, aparecen como un medio inevitable aunque lamentable para lograr resultados concretos: el hombre se dirige según sus pasiones y sus intereses más que según su razón. Finalmente, para los demás constituyen un medio seguro para manipular al auditorio, cuyo dominio resulta esencial asegurarse.

El peligro del poder que puede tomarse sobre sus auditores dirigiéndose a sus pasiones es objeto de reflexiones desde la Antigüedad. Así, Aristóteles consideraba que no hay que “pervertir” al juez despertando en él sentimientos que podrían interferir con una evaluación objetiva de las cosas. Cicerón, por el contrario, hace decir a Antonio que el orador debe “ganarse el favor del que lo escucha, sobre todo excitar en él tales emociones que en lugar de seguir al juicio y a la razón, ceda al arrastre de la pasión y a la perturbación de su alma” (Cicerón, II 1966: 178). Vemos porqué la noción de persuasión que se dirige a los corazones pudo transformarse en objeto de litigio. Plantea cuestiones que en la actualidad continúan siendo vigentes. ¿Es necesario ver en la emoción la prueba de una elocuencia del corazón superior a cualquier técnica de la palabra, y apta para hacer tomar una verdad interior? ¿O por el contrario el orador, intentando emocionar, manipula a su auditorio en la medida en la que ejerce una influencia que no surge de la razón?

1.2. Las teorías de la argumentación contra las pasiones

La lógica informal y la mayoría de las teorías de la argumentación se pronunciaron en contra de la ingerencia de las emociones en el razonamiento lógico y en la interacción argumentativa. El intento de llevar al auditorio a una posición determinada es concebido en efecto como una obra que se efectúa por vías racionales, que excluyen todo tipo de recurso al sentimiento, que es considerado como irracional. Van Eemeren y sus colaboradores son muy claros en este punto:

² Se consultará al respecto los actos del coloquio de Cerisy acerca de *Éloquence et vérité intérieure*, C. Dornier y J. Siess, ediciones (París, Champion)

La argumentación es una actividad de la *razón*, lo que indica que el argumentador se ha tomado la molestia de reflexionar acerca del tema. Proponer un argumento significa que el argumentador trata de mostrar que es posible dar cuenta racionalmente de su posición en la materia. Esto no significa que las emociones no puedan representar un papel cuando se adopta una posición, sino que esos motivos internos, que fueron asimilados por el discurso, no son directamente pertinentes como tales. Cuando la gente propone argumentos en una argumentación, sitúa sus consideraciones en el reino de la razón. (Van Eemeren et al., 1996: 2.)

Los paladines de la pragma-dialéctica se alinean aquí en las posiciones de la lógica informal, que ve en las pasiones una fuente de error y las hostigan en el estudio de las falacias. (II, 4, 2). En efecto, es interesante comprobar que una parte de las falacias, entre ellas las de *ad* (*ad populum*, *ad misericordiam*, *ad hominem*, *ad baculum*...) derivan de la apelación a las emociones. Adulan el amor propio, despiertan la piedad o el temor, suscitan pasiones, apartan así al intelecto de las vías racionales que solas pueden guiarlo en la evaluación de un argumento. Lógica y pasión parecen desde luego excluirse mutuamente. Así, Copi y Burgess Jackson enumeran en su lista de falacias “la apelación a las emociones”. Al negarse a tomar partido en la querrela que opone a los filósofos por encima de la supremacía de la razón, observan que “las emociones y las pasiones, por su naturaleza misma, pueden cobrar una dimensión tal que dominan completamente las capacidades racionales.” (Copi, 1986: 116) Pueden engeguercer ante los hechos, inducir a la exageración y poner trabas a los procesos de pensamiento común. Así, la apelación a la emoción se vuelve falaz no simplemente cuando se recurre al sentimiento, sino cuando lo moviliza al punto de poner trabas a la capacidad de razonar. A pesar de las precauciones oratorias de las cuales los autores se rodean, se desprende claramente que una división queda establecida entre razón y pasión, en la cual esta se encuentra depreciada y, en muchos casos, descalificada.

Estas posiciones fueron atenuadas en los trabajos de Douglas Walton quien, en una obra importante intitulada *The Place of Emotion in Argument* con fecha en 1992, mostró la legitimidad de las emociones en el proceso argumentativo. Insiste en el hecho de que “las apelaciones a la emoción tienen un lugar legítimo, incluso importante en el diálogo persuasivo”. Sin embargo, considera que hay que “tratarlas con prudencia porque también pueden ser utilizadas falazmente” (Walton, 1992: 1) Por eso, procede a un examen de las condiciones de validez de los argumentos que apelan al sentimiento como la apelación a la piedad o al argumento *ad hominem*. Cuando se considera el argumento *ad populum* —constata Walton— se tiende a ver en ello una apelación a la multitud donde la pasión retórica intenta movilizar al pueblo con el propósito de una acción llevada por el entusiasmo, incluso con miras a una explosión de violencia. Sin embargo, antes de sostener un juicio semejante, es importante considerar el objetivo del orador en el marco de la situación de discurso que le pertenece, o el género que ha seleccionado. Un discurso epidíctico, por ejemplo, cuyo objetivo es reafirmar la identidad del grupo y fortalecerlo en torno a valores morales, puede apelar al sentimiento sin que por ello sea falaz. (Walton, 2000: 303) Asimismo Philippe Breton en su obra acerca de *La Parole manipulée* observa que “la apelación a los valores, que es uno de los resortes de la argumentación democrática, moviliza los afectos profundamente” (2000: 78) sin que por eso represente una manipulación reprensible. Eso no impide que si las teorías de la argumentación otorgan a partir de

ahora un lugar cada vez más amplio a la emoción, estas no consientan en tolerarla sino bajo ciertas condiciones, manteniendo al respecto una desconfianza secular.

Es interesante observar que la afirmación de una supremacía de la razón como de la pasión supone desde el comienzo la posibilidad de distinguirlas claramente, e incluso cuando se recuerda su solidaridad. “Los criterios por los cuales se cree que es posible separar convicción y persuasión se basan en una decisión que pretende aislar un conjunto —conjunto de procedimientos, conjunto de facultades—, algunos elementos que consideramos racionales”, observa Perelman en su *Tratado* (1970: 36). Rechaza la oposición entre la acción sobre el entendimiento —presentada como impersonal y atemporal—, y la acción sobre la voluntad, presentada como totalmente irracional. En efecto, considera que toda acción fundada en la elección tiene necesariamente bases racionales, y que negarlo sería “volver absurdo el ejercicio de la libertad humana” (*Ibid.*: 62). Sin embargo, se observa que en su rechazo por aislar lo racional oponiéndolo a lo pasional como palanca de acción, Perelman no apunta en absoluto a reintegrar el juego de las emociones en el ejercicio argumentativo. Por el contrario, subraya el vínculo esencial que une la voluntad con la razón más que con el afecto para mostrar que la razón es también susceptible de movilizar a los hombres. Se comprende en esta perspectiva que Chaim Perelman no haya retomado por su cuenta el *pathos* aristotélico, considerando por otra parte que el libro II de la *Retórica* marcaba su existencia por el hecho de que la Psicología como disciplina aparte no existía en la Antigüedad.

En el campo de la retórica, los trabajos de Michel Meyer —que contribuyen a difundir el pensamiento de Chaim Perelman— mostraron la importancia capital de las pasiones, y han vuelto a evaluar radicalmente su papel en la argumentación. Estas aclaraciones aparecen en la edición que Meyer ha dado de la retórica aristotélica (*Livre de poche*, 1991) y en una edición separada intitulada *Rhétorique des passions* (1989), ampliamente comentada. La puesta en evidencia del lugar de las emociones en la argumentación —y no solamente en una retórica concebida como elocuencia, o en una desmistificación de las manipulaciones retóricas— se prosigue actualmente, en particular en la semioestilística de Georges Molinié (cuyo *Dictionnaire de Rhétorique* insiste en la centralidad de las pasiones 1992: 250-266) y en los trabajos de Christian Plantin y de Patrick Charaudeau, bajo el impulso de los desarrollos recientes de las Ciencias del Lenguaje.

1.3 La imbricación de lo emocional y de lo racional en la argumentación

Las posiciones adoptadas por los analistas del discurso consisten en describir y explicar el funcionamiento de los elementos emocionales en el discurso de carácter persuasivo sin pretender que se ofrezcan criterios de evaluación. Al rechazar una teoría de la emoción como perturbación y desorden, el análisis de la argumentación en el discurso parte del principio de que una relación estrecha —por otra parte testificada en otras ciencias humanas, en particular la Sociología y la Filosofía contemporáneas— vincula la emoción con la racionalidad. Las emociones —resume P. Charaudeau apoyándose en estos conocimientos— se manifiestan en un sujeto humano con respecto a algo, o más exactamente por la representación que éste tiene de lo que quiere o desea combatir (Charaudeau 2000 : 130). Están íntimamente relacionadas con lo que él llama un saber de creencia, “saber polarizado en torno a valores socialmente constituidos” (*Ibid.*: 131) correspondiente de hecho a la *doxa* de la retórica. En otras palabras, las emociones son inseparables de una interpretación que se apoya en los valores, o más precisamente en un juicio de orden moral.

Encontramos la idea propuesta por Hermann Parret según la cual “las emociones son juicios”, a menos que se adopte una “concepción *evaluadora* y no *cognitiva* del juicio” (1986: 142). Las emociones presuponen una evaluación de su objeto, es decir creencias concernientes a las propiedades de ese objeto. Es lo que Raymond Boudon estudia con el nombre de “sentimientos morales”, es decir sentimientos basados en una certeza moral. El estudio de Boudon —que apunta a mostrar que los sentimientos morales en general, y el sentimiento de justicia en particular, están basados en razones—, resulta particularmente interesante en este contexto. Se opone al punto de vista de Pareto, quien hace emanar las razones de fuerzas puramente afectivas, “la lógica de los sentimientos morales” propone que “al fundamento de cualquier sentimiento de justicia, sobre todo cuando es intensamente experimentado, se puede siempre, en principio al menos, distinguir un sistema de razones sólidas” (Boudon, 1994: 30). Se trata de sentimientos “en la medida en que son fácilmente asociados a reacciones afectivas, eventualmente violentas” (*Ibid.*: 32). Sin embargo, se basan en razones, y es la solidez de estas lo que da al sentimiento de injusticia su “carácter transsubjetivo y hace posible el consenso” (*Ibid.*: 47). En otras palabras, la indignación que se experimenta, por ejemplo, al ver inocentes perseguidos, puede defenderse con argumentos aceptables, que las personas presas de la indignación sean o no conscientes de las razones en las que basan sus juicios axiológicos (*Ibid.*: 50). Estas razones deben poder ser comprendidas y admitidas por observadores imparciales. Para Boudon como para Charaudeau, la reintegración de la racionalidad en el centro de los sentimientos morales toma en cuenta el sistema en el seno del cual las razones alegadas son racionales y transmisibles objetivamente. Por ejemplo, cuando aborda el sentimiento de justicia social, observa que una teoría igualitaria de la justicia sería indefendible en un sistema individualista. (Boudon, 1994: 45).

En esta perspectiva, el análisis del discurso tiene en cuenta el elemento emocional tal cual se inscribe en el discurso en estrecha relación con la *doxa* del auditorio y los procesos racionales que apuntan a llevarse la adhesión. Se dedica a detectar un efecto “*pathémico*” (que provoca una emoción) en la situación de comunicación particular de la cual emerge. (Charaudeau, 2000: 138)

2. La emoción en la interacción argumentativa

2.2. La construcción de las emociones en el discurso

Si uno se pregunta en qué nivel el *pathos* se inscribe en la palabra argumentativa, primero es necesario distinguir los diferentes niveles discursivos, en los cuales la emoción puede salir a la luz. El *pathos* —no lo olvidemos— es el efecto emocional producido en el alocutario. Para Aristóteles, se trata ante todo de la disposición a la cual es necesario llevar al auditorio para que se realice un objetivo de persuasión. El sentimiento suscitado en el auditorio no debe confundirse con el que siente o expresa el sujeto hablante. Tampoco hay que confundir con el que designa un enunciado que asigna un sentimiento a un sujeto humano “No puedo evitar expresar mi indignación”, o “Exclamó con indignación...” debe diferenciarse de “Esos pobres niños se encontraban en un estado de miseria espantoso”, que no expresa la indignación, sino que apunta a suscitarla en el auditorio.

Pero, ¿cómo se provoca un sentimiento, y qué relación se establece entre éste con lo que experimenta uno mismo? En primer lugar hay que aclarar que lo que el orador siente es poco pertinente en este contexto. En primer lugar porque lo sentido no se transmite en la comunicación sino por los medios ofrecidos para esta. Luego, porque

el locutor animado por una gran pasión no la transmite necesariamente a su alocutario, a quien su discurso puede resultarle indiferente. Chaim Perelman insiste en el hecho de que un orador demasiado apasionado se arriesga a perder su objetivo porque, llevado por el ardor de sus propios sentimientos, descuidará adaptarse a su auditorio. Asimismo, la descripción de una pasión no conduce necesariamente a compartirla. No porque lea el retrato de una persona indignada retomo sus sentimientos como propios, y el discurso del hombre en cólera no es necesariamente el que tendrá más efecto.

La cuestión que aquí se plantea es la de saber cómo una argumentación puede no expresarse, sino suscitar y construir discursivamente emociones. (Plantin, 2000). En la perspectiva de un análisis del discurso, podemos suponer dos casos de figuras principales: aquel en el que se menciona la emoción explícitamente, y aquel en el que es provocada sin que sea designada por términos sentimentales. Tomemos, en primer lugar, el segundo caso de las figuras, aparentemente más problemático dado que economiza cualquier huella lingüística extraída del campo lexical de las emociones. ¿Qué es lo que permite aislar el proceso según el cual se construye el *pathos*?

Fiel a la tradición retórica, C. Plantin propone liberar el efecto pathémico pretendido a partir de un tópico. Se trata de ver lo que provoca cierto tipo de reacción afectiva en una cultura dada, en el interior de un contexto discursivo dado. Las cuestiones que plantea Plantin para determinar los lugares comunes que justifican una emoción son: ¿De quién se trata? ¿De qué se trata? ¿Dónde? ¿Cuál es la causa? ¿Es controlable?

Veamos a modo de ejemplo este fragmento extraído de *Étoile errante*, de Le Clézio:

Poco a poco, incluso los niños habían dejado de correr, de gritar y de golpearse en las inmediaciones del campo. Ahora, permanecían alrededor de las chozas, sentados a la sombra en el polvo, famélicos y semejantes a perros... (1992: 231)

Esta descripción, hecha por la narradora en primera persona, Nejma, una joven palestina que durante la guerra de 1948 huye de sus ciudad natal y que se encuentra en un campo de refugiados, no contiene ninguna mención de sentimientos: ni los propios, ni los de los niños de quienes habla son precisados. Si embargo, el texto contiene un tópico en el sentido en el que está asociado a lugares que en nuestra cultura justifican una emoción. En efecto, se trata de niños, seres por definición inocentes, lo que vuelve de aquí en adelante sensible al lector por lo que pueda ocurrirles. Se trata de desnutrición, puesto que están “famélicos”; niños enclenques que no comen para saciar el hambre suscitan automáticamente la piedad. Se trata de niños que perdieron sus fuerzas y su alegría de vivir: dejaron de entregarse a todas las actividades y a todos los juegos que caracterizan la infancia. Esto escandaliza el sentimiento moral que requiere que la infancia sea protegida y pueda gozar de sus prerrogativas de alegría y despreocupación. Además, la evocación del “campo” y de las “chozas” ofrece un cuadro que recuerda a priori la indigencia y el sufrimiento. La comparación “semejantes a perros” subraya finalmente la deshumanización infligida por la vida en el campo de refugiados. Así, el enunciado despierta sentimientos de piedad vinculados con la noción de injusticia, e inculca la emoción en la racionalidad que forma la base de los sentimientos morales.

Vemos cómo los diversos puntos mencionados más arriba se relacionan. Primero, aparece claramente que la emoción se inscribe en un saber de creencia que desencadena cierto tipo de reacción frente a una representación social y moralmente cargada de sentido. Normas, valores, creencias implícitas sostienen las razones que

suscitan el sentimiento. La adhesión del auditorio a las premisas determina la aceptabilidad de las razones del sentimiento. Luego, vemos cómo la emoción puede construirse en el discurso a partir de enunciados que llevan pathemas que conducen a cierta conclusión afectiva (imagen de niños hambrientos fijos en la inmovilidad no puede surgir sino esta conclusión: es lamentable). Tenemos aquí un encadenamiento que se inscribe en el discurso de manera que se pasa de un enunciado E a una conclusión emocional. Observemos que sólo se movilizan la compasión y el sentimiento de injusticia. Los modos de presentación de la situación (la ausencia de un agente responsable) y la situación de ficción modelan la reacción emocional separándola de cualquier indignación activa y de cualquier compromiso militante. El texto responde así a una vocación novelesca que lo consagra a la exploración de la condición humana, del sufrimiento y la muerte en relación con un caso preciso. El sentimiento que hace pesar una interrogación sin respuesta acerca de un destino trágico es suficiente, ninguna apelación a la acción tiene que derivar de ello.

2.2. Formulación y justificación de la emoción

Al caso de la figura aquí estudiada, hay que agregar varias otras posibilidades, y cada una se basa más o menos en el implícito. El fragmento de Le Clézio acaba de ejemplificar el caso:

- *emoción no formulada, no justificada* explícitamente, inducida por un tópico; pero también se pueden encontrar los casos de las siguientes figuras:
- *emoción no formulada, justificada* explícitamente en relación con un tópico;
- *emoción formulada, no justificada* explícitamente, basándose en un tópico;
- *emoción formulada, justificada* explícitamente en relación con un tópico.

En todos estos casos se trata, recordémoslo, de la emoción del alocutario. La variantes se apoyan en los parámetros de la formulación/no formulación del sentimiento, y de su justificación. Veamos este fragmento de apelación humanitaria citado por G. Manno: "Ellas [la víctimas] sufren y mueren por falta de alimentación, de higiene, de agua, de cuidados... Hombres, mujeres, niños, viejos, como usted y yo. El sufrimiento y la muerte son en todas partes iguales" (2000: 289). La empatía y el sentimiento de solidaridad que pueden alentar al alocutario a hacer una donación no están indicados con todas las letras. Sin embargo, están motivados, en el fondo de la piedad que suscita el tópico del sufrimiento de los inocentes, por referencias directas a la analogía entre las víctimas y el alocutario ("como usted y yo") y a la similitud fundamental que une a todos los hombres en la humana condición ("el sufrimiento y la muerte"). La distancia que separa aquellos de los que se habla (las víctimas) y los interactuantes ("usted y yo") se encuentra disminuida al máximo por la insistencia en una humanidad común. Además, la insistencia apunta a la causa del sufrimiento, señalando con ello que puede encontrarse remedio: las víctimas "sufren y mueren por falta de...".

La emoción que se pretende que nazca puede inscribirse también en la literalidad del enunciado y decirse directamente. Las apelaciones a la piedad se hacen desde todos los tiempos según fórmulas consagradas: "Tenga piedad de un pobre mendigo...", y no piden a este respecto explicaciones suplementarias. El sentimiento de compasión debe provenir de la simple mención del "mendigo" como ser desprovisto y dependiente de la buena voluntad de los demás. Las razones del sentimiento designado están presentes en los tópicos, en competencia con los *topoi* pragmáticos que dan al sustantivo mendigo su orientación argumentativa. Sin embargo, la emoción a la

cual se apela y que debe ser el resultado de la argumentación puede también —después de haber sido explícitamente mencionada— ser sostenida y justificada por razones. De este tipo son los ejemplos que se relevan a continuación.

El sentimiento construido en el discurso y dado a inducir al alocutario sobre la base de un tópico puede suscitarse si es designada, ya sea literalmente, o indirectamente. Es así como Déroulède, en los *Chants du Paysan* que asocia a los *Chants du Soldat*, apostrofa a su auditorio en 1894:

Tranquilos, laboriosos, honestos,
Levanten los ojos, enderecen sus cabezas,
Hombres del pueblo, ¡Campesinos!

(Déroulède, 1908: 119)

El sentimiento de su dignidad, el orgullo de pertenecer a su clase pretenden suscitar estos versos. Lo hacen, no construyendo una emoción que el lector induce de los tópicos del texto, sino designándola bajo forma de conminación. En efecto, la mirada y la cabeza altas son los signos corporales del orgullo. Según el CP de la pertinencia (III, 5, 2), los imperativos “Levanten los ojos” y “Enderecen la cabeza” no se explican sino en la medida en que los alocutarios no adoptan (o no siempre) estas posturas. En este sentido son equivalentes a “vuelvan a levantar los ojos” “no los dejen bajos”, y “vuelvan a enderezar la cabeza”, aunque más discretos puesto que evitan mencionar la actitud negativa a rechazar. No se intenta criticar, sino dar valor. En el dispositivo de enunciación del poema, el locutor que se perfila en el imperativo (el “yo” que profiere la conminación) remite al general, al patriota conocido, con la personalidad política dotada de prestigio que tiene la autoridad deseada para reconocer el mérito de los humildes y guiarlos. Puede pedirles que den prueba de un sentimiento que es el de su propio valor, fundando la necesidad de esta apelación en una refutación de las *idées reçues* que desprecian los campesinos como tales. La legitimidad de este sentimiento de orgullo está doblemente justificada en el poema. Por la destreza que desliza hábilmente de “Hombres del pueblo” a “campesinos”, Déroulède confiere a ese designativo poco glorioso un título de nobleza: son los que pertenecen plenamente a la tierra de Francia. El espejo magnificante que tiende a aquellos que apostrofa (I, 1, 5) refleja por otra parte una imagen positiva de las cualidades campesinas que justifica a su vez el sentimiento reclamado. Son virtudes morales que vienen a avalar aquí el valor de los campesinos y a dar a cada uno de los miembros de una clase inferior el orgullo de una pertenencia revalorizada de ahora en más. Estas virtudes son también cualidades cívicas con las cuales la Tercera República cuenta para su recuperación: son la labor y la honestidad pilares de toda educación ciudadana, y la calma, garantía de la estabilidad del régimen.

Vemos así cómo el sentimiento que el poeta suplica a sus alocutarios que experimenten se encuentra a la vez mencionado y justificado en el texto. El sentimiento está fundado en la razón sobre todo porque está racionalmente motivado y canalizado hacia objetivos nacionales que forman parte de una programación. Por otra parte, la mención de lo que funda el sentimiento moral, formulado enfáticamente en el poema en el fondo de una *doxa* republicana común, remite a los campesinos una imagen halagadora de ellos mismos que deba, al conmooverlos, incitarlos al orgullo.

2.3 Argumentar la emoción

Si el texto de Déroulède no legitima sino tácitamente el sentimiento que desea que nazca en los corazones de los campesinos, otros discursos se proponen suscitar una

emoción con respecto a una situación dada afirmando explícitamente los argumentos que justifican la reacción descontada. Nos encontramos entonces frente a los discursos que argumentan una emoción, los cuales Christian Plantin ha analizado en su estudio acerca de “L’argumentation dans l’émotion” (1997), donde observa que los mismos hechos pueden suscitar sentimientos diferentes, incluso opuestos, y funcionar como argumentos para conclusiones divergentes. Así, podemos apelar al auditorio para que esté orgulloso del nuevo monumento erigido en la ciudad porque realza el prestigio, o por el contrario, suscitar su indignación con la idea de que el dinero que podría gastarse útilmente ha sido dilapidado. La argumentación en estos casos consiste en alegar las causas que justifican el sentimiento de orgullo o de indignación. Contribuye a legitimar la emoción y a fundar el sentimiento en cuestión.

Tomemos el ejemplo del sentimiento nacionalista, a menudo asociado con una apelación a las pasiones que sería extraño a la razón. Podemos ver en muchos ejemplos cómo se encuentra no simplemente orientado a ver y a experimentar, sino también justificado y argumentado. Así, el prospecto de la *Revue alsacienne illustrée* (Anexo 5, íntegramente citado por Maurice Barrès en la conferencia pronunciada en la “Patrie française” en diciembre de 1889), y cuyo memorial es “A nuestros compatriotas”, declara: “Al hojear esta publicación, cada hijo de Alsacia se sentirá emocionado, religiosamente enorgullecido” (Barrès, 1987: 210). El futuro “se sentirá emocionado” es sin duda programático, pero se permite al mismo tiempo una conminación cuya fuerza proviene de la seudocerteza de una próxima realización. El sentimiento que debe animar al lector de Alsacia está expresado con todas las letras. Está atribuido a los “hijos de Alsacia” en un juego especular que remite al lector su propia imagen, pero que lo induce al mismo tiempo a proyectarse compartiendo el sentimiento común bajo pena de que resulte desmerecido (puesto que la emoción mencionada conmueve a cada uno de los hijos de Alsacia, cualquiera que lo transgreda se excluye a sí mismo de la comunidad). El orgullo nacional que se despierta en el corazón de cada individuo se halla purificado por el modalizador “religiosamente”, que lo adorna de fervor sagrado, y al mismo tiempo une la colectividad a la religión que le confiere su identidad.

Sin embargo, el prospecto no se contenta con apelar al orgullo nacional, construye también una argumentación que explica la necesidad de la razón (razonamiento y saber) en el centro del sentimiento, necesidad que justifica en el momento de la publicación de una revista sobre Alsacia. La argumentación publicitaria —se trata de difundir la revista— se suma aquí a una argumentación que apunta a fundar el patriotismo en cuestión. Por eso comienza mencionando la afectividad pura, en la cual están en comunión todos los miembros de la colectividad y que prescinde explicaciones:

Todos nosotros sentimos lo que queremos expresar cuando definimos a uno de entre nosotros diciendo: “¡Es un verdadero alsaciano! ¡Es un tipo verdadero de la vieja Alsacia!” Y sentimos también que uno de nuestros compatriotas es disminuido si se lo lleva a decir de él, moviendo la cabeza: “¡Ya no es un alsaciano!” (*Ibid.* : 209)

El sentimiento aparece aquí en un doble nivel. Sostiene la exclamación “¡Es un verdadero alsaciano!”, condiciona la buena comprensión de ese dicho. Garantiza así una comunicación entre semejantes que se basa en el implícito de una representación compartida. Sin embargo, el texto intenta mostrar que ese plano afectivo necesita un cimiento racional que permita asentarlos en un saber enciclopédico, en una competencia analítica. La complicidad de los compatriotas no alcanza, o ya no alcanza en las circunstancias difíciles en las que se hallan durante el período de ocupación alemana.

El sentimiento de pertenecer a una región, conocerla interiormente y sostener la identidad debe aclararse y explicitarse sobre todo porque de ahora en más es objeto de amenaza exterior y de una misión concreta, a saber la preservación del patrimonio en peligro: “Los alsacianos [...] están actualmente diseminados. En los lugares más diversos donde están instalados, crean nuevos lazos. Pero conservan [...] las raíces en esta tierra de Alsacia [...] ¿No estarían felices si les transmitieran a sus hijos, como un patrimonio común, el genio de nuestra pequeña región?” (1987: 210). La revista se asigna como tarea “mantener una conciencia alsaciana”, es decir sostener un sentimiento nacional basándolo en el conocimiento y en la comprensión necesarios para su supervivencia. Vemos cómo el sentimiento se halla presentado como fundado en buenas razones que es posible manifestar (la región tiene un “genio” que hay que conocer para amarlo). Al mismo tiempo, el despertar y el mantenimiento del sentimiento nacional son necesarios para preservar ese genio (sólo es bueno para los alsacianos lo que proviene de un “germen alsaciano”). Si conocer Alsacia es amarla, amarla es asegurarse su identidad y su supervivencia. Este objetivo también está basado con razón, y pide que sean movilizadas las voluntades cuyo apoyo no puede asegurarse sino proveyendo información que justifica la acción. Cuando habla del lector alsaciano, el prospecto observa: “Quisiéramos sobre todo que, más que informar acerca de la personalidad de su nación, contribuyera, según sus medios, a enriquecerla aún más” (Barrès, 1987: 210).

2.4 Rechazar la emoción

La emoción del alocutario no debe suscitarse solamente de manera tácita o argumentada; a menudo debe presentarse como la reacción que debe sustituir a la emoción experimentada por el alocutario, emoción que se le presenta por diversos contradiscursos como única legítima. Así, el pacifista va a oponer la piedad para las víctimas de la guerra con el entusiasmo patriótico de los nacionalistas. Un breve ejemplo de refutación de una emoción por otra aparece en este ejemplo de Erckmann-Chatrian, que nos conducirá por otra parte a la cuestión de la inscripción de la afectividad en el discurso. El fragmento fue extraído de *Histoire d'un conscrit de 1813*:

Unos días después, la gaceta anunció que el emperador estaba en París, y que iba a coronar al rey de Roma y a la emperatriz María Luisa. El señor intendente, el señor adjunto y los consejeros municipales ya no hablaban de los derechos del trono, e incluso dieron un discurso expresamente en el salón de la municipalidad. El señor profesor Bruguet, el mayor, pronunció ese discurso, y el señor barón Parmentier lo leyó. Pero la gente no estaba conmovida, porque cada uno tenía miedo de ser convocado para la conscripción; o pensaba que iban a faltar muchos soldados: esto era lo que trastornaba a la gente, y por mi parte adelgazaba visiblemente. (1977: 41)

La primera parte devana un discurso que exige inferir —sobre la base de tópicos movilizados— un sentimiento de orgullo y de admiración. En efecto, se trata de la majestad del imperio que debe expresarse en las pompas de la coronación. La mención del emperador, de la emperatriz y del heredero del trono, el Rey de Roma, los tres designados por sus títulos oficiales, debe intimidar las almas de respeto. Ocurre lo mismo con la mención de todos los que sostienen la pompa imperial en el pueblo, a saber las personalidades oficiales también designadas por su título con el respeto debido al señor: el señor intendente, el señor adjunto, el señor profesor... En el dispositivo de enunciación montado por el folletín popular, el narrador en primera

persona es un hombre sencillo que se dirige a la gente del pueblo. Esto amplifica la majestad de la evocación y parece garantizar el respeto maravillado del auditorio. Sin embargo, este sentimiento dado por seguro es desmentido y refutado por el narrador, que opone las reacciones de los oficiales con las de la gente humilde: “Pero la gente no estaba conmovida...” Por medio de la ficción, el “yo” rechaza la emoción que habría podido desencadenar tanto la *doxa* oficial (lo que hay que sentir en un caso semejante) como las *idées reçues* del pueblo que ama las pompas principescas y las sigue con un enternecimiento nunca desmentido (ver en nuestro siglo Lady D., los casamientos reales y la muerte del rey Balduino en Bélgica).

Para efectuar de manera eficaz esta refutación, no basta con poner en escena una población que se niega a la reacción supuesta, aunque represente al pueblo cuyo lector se siente solidario (los adultos se regocijan y comulgan en el respeto, los niños se lamentan). Es importante argumentar este rechazo, y fundamentarlo. Si el “pero” introduce la desviación argumentativa portadora de la posición preferida, el “porque” viene a explicar las causas a la vez racionales y afectivas de la actitud adoptada por el pueblo. El argumento racional es el siguiente: para hacer la guerra, se necesitan muchos soldados (provistos para la conscripción); Napoleón va a la guerra una vez más; necesitará entonces muchos soldados (que le proveerá la conscripción). El razonamiento entimemático, en su forma elíptica, es perfectamente claro. La idea de la guerra y de la conscripción vinculada con el regreso del emperador impide los regocijos. La plausibilidad de este razonamiento compartido (“pensaba...”), se duplica en el sentimiento que desencadena: “cada uno tenía miedo...”, “esto era lo que trastornaba a la gente...” La turbación y el miedo, designados con todas las letras, están aquí debidamente argumentados, y vienen a refutar por su fuerza a la admiración respetuosa que suscita una ceremonia llena de pompa. En el origen de las dos emociones opuestas se encuentra el mismo hecho: el regreso de Napoleón. Pero da lugar a reacciones opuestas basadas en la doble consecuencia de ese regreso: la coronación de los prójimos de Napoleón, y la vuelta del conflicto armado. Una lógica del sentido común, en este libro que apela a la sabiduría popular, debe permitir la clasificación y la jerarquización de las emociones. La emoción fútil de una ceremonia basada en el sentimiento de la grandeza imperial tiene poco peso frente al temor ante un peligro de muerte (la hecatombe que sigue a cada conscripción). Nadie duda entonces de que la preferencia del lector se incline por la actitud del pueblo, con el cual comparte temores (“cada uno tenía miedo [...] y por mi parte adelgazaba visiblemente”).

Observemos que este texto, escrito en pleno Segundo Imperio, efectúa una refutación y un montaje del sentimiento que tiene implicaciones políticas evidentes. A través de la puesta en escena y el despertar de las emociones, el narrador invisible que guía la pluma del “yo” sostiene una posición fuertemente antinapoleónica. Está en relación con una técnica desviada del ejemplo histórico (II, 4, 3) donde los afectos están movilizados para que surjan en el presente las críticas del pasado.

3. La inscripción de la afectividad en el discurso

3.1 La enunciación de la subjetividad en el lenguaje

Vemos que el *pathos* como intento de despertar una emoción en el auditorio ha recurrido a menudo, aunque no esté obligado en absoluto, a menciones verbales del sentimiento que son unas veces directas (“cada uno tenía miedo”), otras indirectas (“yo adelgazaba visiblemente”). La emoción mencionada con todas las letras puede atribuirse, no al alocutario (como en el caso del prospecto reproducido por Barrès),

sino al locutor o a aquel quien se habla. En ese caso, el discurso cuenta con un efecto de contagio que, evidentemente, no puede ser garantizado. Es necesario llevar al auditorio a identificarse con los sentimientos del que escucha, o cuyo estado le describe. Esta identificación puede efectuarse en dos niveles. Primero, la de la mención de los sentimientos que experimenta el que nos pide que compartamos su emoción, y eventualmente una justificación de esa reacción afectiva. Luego, el de la sugestión de ese sentimiento por vías más o menos indirectas, que permiten adivinar y compartir el sentimiento que anima al locutor o la persona mencionada. En ambos casos, los sentimientos del locutor suscitan (o al menos intentan suscitar) una empatía en la interacción que se establece con su interlocutor. Los sentimientos en cuestión, en cambio, son objeto de una negociación entre el locutor y su alocutario, en el cual el primero debe ofrecer una descripción que le permita a su público proyectarse en el tercero del cual se mantiene.

En esta perspectiva, el *pathos* en el sentido aristotélico está vinculado con la inscripción de la afectividad en el lenguaje tanto como con los tópicos que sostienen el discurso. Esto nos remite a la cuestión de saber cómo la afectividad puede aparecer en el discurso. Actualmente esta cuestión es tratada por las ciencias del lenguaje y en particular por la pragmática lingüística que, después de haber estudiado la enunciación de la subjetividad en el lenguaje (Kerbrat-Orecchioni, 1980) se inclina hacia la emoción expresada lingüísticamente. Un homenaje muy particular se rinde a Charles Bally, quien insistió primero en la importancia de la emoción en la lengua. Kerbrat-Orecchioni pasa luego revista a la manera en que se efectúa la inscripción de la emoción en la lengua. Muy globalmente, el emisor verbaliza una emoción (sinceramente experimentada o no) por medio de marcas que el receptor debe decodificar padeciendo los efectos emocionales. (Kerbrat-Orecchioni, 2000: 59). Estas marcas pueden localizarse gracias a las categorías semánticas de lo afectivo y lo axiológico. (III, 5, 1). Aunque observa que estas dos categorías son distintas —dado que se puede expresar una emoción que no comporta juicio de valor—, Kerbrat-Orecchioni muestra que a menudo resulta difícil distinguirlas. La exclamación “¡Es admirable!” marca a la vez una reacción afectiva y una evaluación del objeto o del acto considerado. Además, un axiológico que señala una evaluación emocionalmente neutra puede cargarse de afectividad en una interacción concreta.

Las emociones se dicen en los procedimientos sintácticos que comprenden el orden de las palabras, las oraciones exclamativas, las interjecciones. Pueden funcionar a este nivel también como “*pathemas*”, a saber elementos considerados para provocar una emoción en el auditorio. Veamos cómo Bardamu, el narrador de *Viaje al fin de la noche*, relata su primera experiencia en el campo de batalla cuando ve a sus compañeros caer cerca de él: “¡Una sola granada! Se arreglan rápidos los asuntos incluso con una sola granada”, me decía a mí mismo. “¡Ah! ¡Oye! me repetía todo el tiempo. ¡Ah! ¡Oye!...” (Céline, 1952: 18). La interjección repetida traduce aquí la violencia de una emoción que no tiene palabras para ser expresada, y a la cual la distancia un poco irónica del narrador en relación con el traumatismo pasado no quita nada de su gravedad. La afectividad se inscribe también en las marcas estilísticas —el ritmo, el énfasis, las repeticiones— en las cuales la emoción supone no solamente traducirse, sino también comunicarse.

A veces resulta difícil establecer la diferencia entre expresión y emoción (las marcas de la afectividad en el lenguaje) y los *pathemas* o elementos susceptibles de crear emoción en el alocutario. Tomemos por ejemplo este fragmento de *El amante*, de Marguerite Duras:

Primera en francés. El director le dijo: su hija, señora, es la primera en francés. Mi madre no dijo nada, nada, no estaba contenta porque sus hijos varones no eran los primeros en francés, la suciedad, mi madre, mi amor, ella preguntó: ¿y en matemática? (Duras, 1984: 31)

La repetición del logro escolar dos veces consecutivas, las de la narradora y la del director anunciando la noticia, aparece en forma paralela con la repetición de la reacción de la madre: “mi madre no dijo nada, nada”. Esta construcción hace comprender la decepción y la indignación de la muchacha en la cual hace eco la de la autobiografía. Inscribe la afectividad del sujeto en su discurso, que se comunica con tanta más razón que el enunciado apela a la indignación del lector sobre la base de *topoi* del repertorio (el mérito no es recompensado en su justo valor, y, además, el mérito de una niña frente a su propia madre). La explicación que sigue refuerza el sentimiento de injusticia que concierne esta vez al estatuto de la hija en relación con los hijos. La acusación axiológica es aquí un grito de rebeldía que se eleva tanto contra la madre como contra los privilegios acordados a los varones, cuyo éxito escolar es más valorizado que el de las niñas puesto que sólo ellos son considerados para prepararse en una carrera. La cólera estalla en un término familiar y casi grosero cargado pesadamente de afectividad, del cual no sabemos si refleja el sentimiento de la protagonista en el pasado, o el punto de vista de la narradora en el presente: “la suciedad, mi madre”. Pronto aparece un término de profunda ternura que se opone a la apelación injuriosa y un poco chocante que precede: “la suciedad, mi madre, mi amor”. Una gran fuerza afectiva se dice en esta oposición que marca la mezcla de cólera, de reprobación y de pasión que la narradora experimenta con respecto a su madre. Subraya aún más el sentimiento de injusticia que la actitud de ésta despierta en la hija. Énfasis de la repetición, elección de un apelativo evaluativo cargado de afectividad y recurso al lenguaje de la injuria, yuxtaposición de términos que manifiestan sentimientos opuestos: a partir de todas estas marcas de la afectividad en el lenguaje, la escritura de Duras comparte con los lectores la emoción de la narradora en primera persona.

3. 2 Contar y compartir la emoción

La emoción aparece aquí en un texto que entabla con su alocutario una interacción fundada en la transmisión verbal del sentimiento. El lector de Marguerite Duras puede experimentar la empatía con la locutora que le devela su intimidad en una lengua que imita la oralidad, y cuya aparente simplicidad refuerza el efecto de inmediatez. Sin embargo, numerosos discursos orales y escritos presentan al público a un tercero, un “él” que no forma parte de la interacción pero con respecto al cual el locutor intenta suscitar la emoción. Esta puede ser de diversos órdenes, y tender hacia objetivos diferentes. El caso más común, es, por supuesto, el texto ficcional o el relato autobiográfico, donde se invita al lector a compartir los sentimientos de los protagonistas. Sin embargo, podemos pensar en otros numerosos casos de figuras. Así, G. Manno estudia las emociones atribuidas a los que se les pide que socorran en los llamados de ayuda humanitaria. El locutor intenta —observa Manno— que el alocutario sienta no como sino *con* “D” (el no locutor), puesto que se trata de suscitar su “*compasión*”. Da el ejemplo siguiente, extraído de *Village d'enfants SOS*: “Esa mirada es la del *desamparo*...” (Manno, 2000: 286). Hay en este tipo de textos una tentativa, por medio

de la relación y la descripción de las emociones, de activar el eje alocutario-no locutor sin el desvío del locutor (*Ibid.*: 287) para comprometerlo con la generosidad.

Por su parte, Charaudeau estudia lo que llama la “pathemización” en la televisión. Este caso supera el marco de este estudio ya que la descripción verbal se reemplaza allí por la visión en directo del sufrimiento. Sin embargo, es interesante mencionar aquí que el espectáculo de las angustias (“el sufrimiento a distancia”, según la expresión de Boltanski), crea un vínculo de empatía particular que proviene del hecho de que el espectador se encuentra a la vez frente a lo real, y en una posición de distancia. Es un vínculo “que supone que el simpatizante tenga conciencia de su diferencia con el sufriente, que se sepa no sufriente, y entonces que pueda interrogarse [...] acerca de las razones de su posible culpabilidad (este sentimiento no nace en el cine) incluso de su posible compromiso con una acción” (Charaudeau, 2000: 143-144). Es decir que la puesta en escena y la verbalización del sufrimiento o de los sentimientos de un tercero situado fuera de la interacción produce un efecto que depende del tipo de intercambio en el cual el sujeto se encuentra comprometido, así como del dispositivo comunicacional que regula este intercambio. Antes de inclinarse por estos cuadros formales e institucionales que modelan el discurso argumentativo, es necesario abordar, sin embargo, en la intersección del *logos* y del *pathos*, la cuestión de las figuras de retórica.